

Dossier | *Intelectuales y constelaciones posnacionales***Introducción a la “Literatura mundial”**

Alejandro Dujovne y Diego García

En su última entrega del 2010, el **Diario de Poesía** publicó en sus páginas un importante ensayo de Eric Auerbach traducido al castellano por primera vez a casi seis décadas de su aparición alemana: «Filología de la *Weltliteratur*».¹ Significativo por múltiples razones, el texto ha ocupado en los últimos años —como adecuadamente señala María Teresa Gramuglio en una informada e inteligente presentación en la misma revista— un lugar central a partir de la renovación del debate sobre la «literatura mundial».² En efecto, tal como sostiene Gramuglio, dos textos publicados cerca del año 2000 marcaron el retorno del campo de problemas abierto por Goethe cuando acuñó el concepto de *Weltliteratur* en la primera mitad del siglo XIX: **La república mundial de las letras** de Pascale Casanova, aparecido en 1999 en Francia, y el artículo «Conjeturas sobre la literatura mundial» de Franco Moretti en la **New Left Review** al año siguiente.³ En la década de 1950, cuando se publicó originalmente el texto de Auerbach, la cuestión fue planteada y discutida vivamente en distintos ámbitos académicos europeos y norteamericanos. En esa oportunidad, sobre el fondo de la dramática experiencia de las derivas del nacionalismo en la Segunda Guerra Mundial, el problema último estribó en si debía construirse un canon que contemplara lo mejor de la literatura en el planeta y, en tal caso, si una concepción tal de la literatura suponía incluir todo lo producido en cualquier tiempo y lugar. Pero este debate fue, como señalamos, tributario de la propuesta política y cultural a un mismo tiempo que elevó Goethe con el concepto de *Weltliteratur* en 1827. A través de ella afirmaba la necesidad de la emancipa-

ción de la literatura de los marcos nacionales, respetando sin embargo la singularidad cultural que expresaban.

La evidente dimensión política de la irrupción del problema de la «literatura mundial», tanto en Goethe como en los medios académicos a mediados del siglo XX, también está presente en las propuestas de Casanova y Moretti. Frente a la expansión del discurso de la «globalización» que señalaría un progresivo avance hacia la homogeneización cultural que se despliega más o menos suavemente sobre un mundo también cada vez más homogéneo, estos autores, aun cuando no pretendiendo dar una respuesta política directa a estas formulaciones, sostienen que la idea de literatura mundial no puede pensarse sino a condición de comprender las desigualdades históricas entre centros idiomáticos y culturales de mayor poder, y una heterogénea periferia conformada por zonas más débiles. A pesar de que la fuerza económica y política de los Estados constituye un factor relevante de análisis, ambos planteos destacan la existencia de recursos específicamente culturales acumulados a lo largo del tiempo que hacen que la geografía literaria no se organice sobre las mismas líneas que dan forma a los países.

La ambición heurística y la radical apuesta por una nueva aproximación analítica al hecho literario, no pasaron desapercibidas para la crítica literaria y la sociología de la cultura. Todo lo contrario, pocos años después de su publicación, sobre todo luego de la edición en lengua inglesa de la obra de Casanova, los debates, artículos y libros se multiplicaron en los medios académicos.⁴ Más allá de la legitimidad de ciertas objeciones, las hipótesis generales de ambas propuestas no sólo continúan teniendo validez sino que resultan altamente estimulantes para repensar los modos de abordar la producción literaria, y no sólo literaria, en América

¹ Eric Auerbach, «Filología de la *Weltliteratur*», **Diario de Poesía**, n° 81, Buenos Aires/Rosario, diciembre 2010-abril 2011, pp. 13-15 (ed. original 1952).

² María Teresa Gramuglio, «El retorno de la literatura mundial», **Diario de Poesía**, n° 81, pp. 11-12.

³ Pascale Casanova, 1999, **La République mondiale des lettres**, Editions du Seuil, París (edición castellana: **La república mundial de las letras**, Anagrama, Barcelona, 2001); Franco Moretti, «Conjectures on World Literature», **New Left Review**, n° 1, enero-febrero de 2000, pp. 54-68; y Franco Moretti, «More conjectures», **New Left Review**, n° 20, marzo-abril de 2003, pp. 73-81. Los textos se encuentran traducidos en la versión castellana de la revista.

⁴ Al respecto ver, entre otros, Christopher Prendergast (ed.), **Debating world literature**, Londres-Nueva York, Verso, 2004; e Ignacio M. Sánchez Prado (ed.), **América Latina en la «literatura mundial»**, Pittsburgh, ILLI, 2006.

Latina. En tal sentido, en esta breve introducción nos interesa presentar los aspectos esenciales de estas propuestas.

Orígenes de un concepto

Fue Goethe quien, hacia fines de la década de 1820, en el contexto de la emergencia del nacionalismo cultural y literario de corte romántico, formuló en una serie de notas y cartas la primera idea de «literatura mundial».⁵ Desde una posición humanista, Goethe vislumbraba a la literatura mundial como un nuevo estadio histórico de la cultura en que la producción y circulación literaria lograrían trascender las fronteras y las reivindicaciones nacionales, posibilitando, gracias a ello, un mayor y más intenso conocimiento y entendimiento entre las distintas culturas. Si bien, de acuerdo a Goethe, este espacio literario estaba comenzando a tomar forma, era preciso que los escritores y traductores de las distintas naciones —en su caso el llamado se dirigía especialmente a los escritores alemanes— participaran activamente en su desarrollo. La impronta humanista y cosmopolita de la formulación de Goethe se ve, por ejemplo, en el comentario que publica en 1828 en su periódico **Kunst und Altertum** (Arte y Antigüedad), acerca de dos publicaciones culturales escocesas de habla inglesa:

A medida que gradualmente lleguen a un público más amplio, estas revistas van a contribuir más efectivamente a la literatura mundial universal que deseamos; repetimos, si bien no se pretende que las naciones deban pensar de igual manera, el objetivo es, simplemente, que éstas crezcan conscientes unas de otras, que se comprendan mutuamente e, incluso, que si no están capacitadas para amarse, al menos se toleren recíprocamente.⁶

A través de la noción de literatura mundial pretendía dar cuenta de un espacio mundial de la literatura. Su idea de literatura mundial se asemejaba a un gran libre mercado de la literatura en que los productos literarios circularan de un país a otro y de una lengua a otra a través de la traducción (idea que pocas décadas después volverá a ser formulada, aunque en una clave distinta, por Marx y Engels en un pasaje del **Manifiesto Comunista**).⁷ Para

Goethe la traducción guardaba una función central en la conformación de ese nuevo espacio literario internacional en al menos dos sentidos. Por un lado, hacía posible la circulación de bienes literarios a través de las fronteras idiomáticas, al tiempo que, por el otro, constituía una forma de atribución de valor literario, tanto para la literatura que incorporaba la obra traducida como para la lengua de la que partía la obra.⁸ A este respecto, en una carta del 15 de junio de 1828 dirigida a Thomas Carlyle, Goethe escribía:

Aquí notamos algo nuevo, tal vez apenas percibido, y nunca expresado con anterioridad: que el traductor no está trabajando sólo para su propia nación sino también para la nación de cuya lengua toma su trabajo. Pues sucede con más frecuencia de lo que pensamos, que una nación obtiene fuerza y vigor de una obra y la absorbe de manera tan poderosa para su propia vida interna, que no puede ganar más placer ni continuar nutriéndose de ella. Este es el caso particular de los alemanes. Se encuentran inclinados al entusiasmo excesivo y, por la repetición demasiado frecuente de algo que les gusta destruyen algunas de sus cualidades. Es por lo tanto bueno para ellos ver uno de sus propios trabajos literarios renacido en la traducción.⁹

Más de un siglo después de la publicación de estas líneas, la impronta humanista goethiana en la reflexión acerca de la literatura mundial es recuperada por Erich Auerbach desde el mismo título del ensayo que comentábamos.

Filología y literatura mundial

La imagen de una literatura que trascienda las literaturas nacionales sin destruir sus singularidades le servía a Auerbach para contrastar la situación de la cultura a principios de la década de 1950. En efecto, la humanidad entendida como «resultado de la mutua fecundación en el interior de lo diverso» chocaba con un proceso donde «la estandarización domina en todas partes, ya sea según el modelo europeo-norteamericano o según el ruso-soviético». El pronóstico, que partía de un juicio que hacía foco en las semejanzas de las potencias que sin embargo organizaban en una estructura polar el mundo de la posguerra, no era alentador: «[...] la humanidad [...] deberá acostumbrarse a la circunstancia de que en un mundo organizado estandarizadamente no quedarán sino una única cultura literaria, y en poco tiempo pocas, quizás una sola lengua literaria. Y de este modo, la idea de la *Weltliteratur* se realiza y se destruye al mismo tiempo». Para decirlo de otro modo,

⁵ La idea de «Literatura mundial» o *weltliteratur* fue delineada fundamentalmente en el intercambio epistolar que mantiene con un joven y aún desconocido Thomas Carlyle. Si bien las primeras cartas datan de 1824, es en el intercambio que comienza en 1827 y se extiende hasta la muerte del alemán en 1832, que Goethe da forma a este concepto. Al respecto ver Waltraud Kirste, **'Weltliteratur' de Goethe, un Concepto Intercultural**, tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, 2000, pp. 140-159.

⁶ Citado en Fritz Strich, *op. cit.*, p. 350 (traducción nuestra).

⁷ «Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal». Karl Marx y Friedrich Engels, **El manifiesto comunista** (1848), varias ediciones.

⁸ Su conciencia acerca del rol crucial de la traducción en el desarrollo de la *weltliteratur* se correspondía con su propia experiencia tanto como escritor alemán, cuanto como traductor. En efecto, a lo largo del siglo XVIII académicos, poetas y escritores alemanes realizan una vasta y sistemática tarea de traducción de distintos géneros literarios y de diversas lenguas al alemán, contribuyendo de manera consciente y activa a saldar la brecha que separaba a esta lengua de otras con mayor tradición literaria, en particular el francés. Sobre este punto ver Waltraud Kirste, *op. cit.* pp. 160-213, y Pascale Casanova, *op. cit.* pp. 96-113.

⁹ Citado en Fritz Strich, **Goethe and World Literature**, Londres, Routledge y Kegan Paul Ltd, 1949 [1946], p. 22 (traducción nuestra).

se realiza en el sentido que el concepto fue utilizado por Marx y Engels; se destruye, en cambio, tal como lo imaginó Goethe. ¿Cuál es, si es que acaso tenga una, la tarea de la filología en este escenario en el que la literatura mundial se hizo efectiva de otra forma a la esperada? La imposibilidad de modificar lo que ya ocurrió orienta en un sentido conservacionista: «en el caso de los pueblos que se encuentran en la fase final de una fructífera diversidad, busca precisar y conservar la conciencia de esa fusión. Así, la riqueza y la profundidad de los movimientos espirituales de los últimos miles de años no se atrofiará al interior de esos pueblos».¹⁰ En este punto, el ensayo de Auerbach asume una dirección decididamente metodológica que termina por darle el tono general al escrito. Si se considera posible de realizar la tarea confiada a la filología de la «literatura mundial» es porque se dispone de una enorme cantidad de material que crece a un ritmo constante, y porque «poseemos un sentido histórico que heredamos del historicismo» imprescindible para el trabajo filológico. Sin embargo, esas condiciones que hacen posible una nueva filología implican, a su vez, nuevas dificultades: ¿quién es capaz de dominar la totalidad de ese material que, además, impone una creciente especialización de los estudiosos? ¿Cómo conjugar la aproximación filológica con las «nuevas corrientes» —sociológicas, psicológicas, etc.— que, en ocasiones, tienen un signo marcadamente anti-histórico? ¿Cómo escapar a la seducción sintética de amplias categorías ordenadoras del pasado, que terminan por diluir su complejidad?

Desaconsejando —aunque no del todo— el trabajo colectivo, descartando la recopilación enciclopédica y alertando sobre la ceguera de las clasificaciones convencionales de los materiales, Auerbach propone como punto de partida metodológico —siguiendo el modelo de E. R. Curtius en **Literatura europea y Edad Media latina**— la delimitación de un fenómeno «singular, acotado y casi estrecho [...] exacto, objetivo [y] por lo tanto describable con medios técnicos-filológicos».¹¹ Elección que se debe complementar con la «potencial fuerza de irradiación» de ese fenómeno acotado, que lleve la indagación y la interpretación a una región más amplia, a la formulación de problemas más generales. Así logra preservar, al mismo tiempo, unidad y universalidad.

«Filología de la *Weltliteratur*» fue escrito en EEUU, país al que Auerbach había emigrado en 1947; revela sin dudas, como afirma Gramuglio, su inscripción en el clima de la Guerra Fría. Sin embargo, gran parte de las ideas que allí se exponen están presentes desde, al menos, una década y media antes. Berlín de nacimiento, Auerbach había decidido exiliarse en Estambul en 1936 para escapar de la creciente persecución racial de la Alemania nazi. Poco tiempo después, en 1938, publicó un estudio histórico-conceptual del término *figura* que le permitía analizar rasgos centrales de la cultura medieval y sus conexiones con la antigüedad grecorromana; un término que funciona como un punto de partida acotado y permite, a su vez, un acceso controlado a problemas más amplios y generales.¹² Un año antes de la aparición de ese

estudio, Auerbach le contaba en una carta a Walter Benjamin las impresiones que el nacionalismo turco le había provocado a poco tiempo de su llegada:

[...] es un nacionalismo fanáticamente hostil a la tradición; un rechazo de toda la herencia cultural mahometana; la construcción de un vínculo imaginario con una identidad imaginaria turca, y una modernización tecnológica en el sentido europeo [...]. Para mí, cada vez se está volviendo más claro que la actual situación internacional no es más que una astucia de la providencia, orientada a llevarnos, a través de un sendero tortuoso y sangriento, hacia una internacional de trivialidad y espejismo cultural. Una sospecha de este tipo ya me había surgido en Alemania y en Italia, al ver la tremenda inautenticidad de la propaganda de 'sangre y suelo'; pero sólo aquí las pruebas de esta tendencia me parecieron casi seguras.¹³

La conexión con el pronóstico presentado en el texto de 1952 es evidente. Más allá de su rechazo a los nacionalismos del período de entreguerras, nos interesa destacar la potencia cognitiva de la distancia: es su exilio en Turquía el que le permite observar desde una perspectiva amplia lo que sucedía en Europa, así como proyectar y resolver con éxito un libro como **Mimesis**. De este modo, el perspectivismo histórico propio de la tradición en la que se había formado se combinaba con un perspectivismo espacial que le permitía apartarse de Europa, multiplicando las posibilidades de comparación.¹⁴

Perspectivas contemporáneas: la literatura mundial en un mundo desigual

A pesar de sus diferencias, los modelos de Franco Moretti y Pascale Casanova coinciden en la proposición de una idea fuerte de sistema literario mundial estructurado a partir de la oposición entre centros dominantes y espacios periféricos dependientes. Asimismo, ambos autores combinan, aunque de modos distintos, la perspec-

preparó en parte a **Mimesis**, publicado por primera vez en 1942, monumental trabajo donde Auerbach estudia —siguiendo los mismos principios metodológicos— la representación literaria de la realidad a partir del análisis de fragmentos de textos que forman parte del canon occidental. Para una lectura reciente de **Figura** ver Damián López, «Interpretación figural e historia. Reflexiones en torno a **Figura** de Erich Auerbach», en **Prismas**, n.º 13, 2009, pp. 65-87.

¹³ Citado en Carlo Ginzburg, «Tolerancia y comercio. Auerbach lee a Voltaire», en el **Hilo y las huellas**, Buenos Aires, FCE, p. 179. Ginzburg sostiene que para Auerbach tanto la tolerancia ilustrada como la intolerancia nacionalista contribuyen, por diversos caminos, a la estandarización cultural.

¹⁴ Auerbach no fue el único alemán en encontrar refugio en la universidad de Estambul, ni tampoco el único en hacer de la principal ciudad turca un lugar privilegiado para analizar el devenir histórico de la literatura mundial. Por aquellos años, junto al importante núcleo de académicos que se congregaban allí, la mayor parte judíos, se encontraba el filólogo y crítico literario austríaco Leo Spitzer —que, de hecho, fue quien propuso a Auerbach para sucederle al frente de su cátedra en 1936 tras aceptar una oferta de la Universidad Johns Hopkins en Estados Unidos. En la trayectoria y producción de Spitzer, así como en la del grupo que lo rodeaba en Estambul, se percibe una sensibilidad humanista similar a la de Auerbach. Al respecto ver Emily Apter, «Global Translatio: The 'invention' of comparative literature, Instambul, 1933», en Christopher Prendergast (ed.) **Debating world literature**, op. cit., pp. 76-109

¹⁰ Eric Auerbach, «Filología de la *Weltliteratur*», op. cit., p. 14.

¹¹ *Ibid.*

¹² Erich Auerbach, **Figura**, Editorial Trotta, Madrid, 1998 (1938). Este trabajo

tiva de análisis desde una lectura internalista (esteticista, estructuralista, ideológica) de las obras con una mirada distanciada que permite la identificación de las estructuras sociales generales en las que éstas son producidas y adquieren sentidos específicos.

Conjeturas sobre la novela

«Conjeturas sobre la literatura mundial», el breve ensayo publicado en la **New Left Review** en el 2000, fue la carta de presentación de Franco Moretti en el debate sobre la *Weltliteratur*.¹⁵ Si bien ya había afrontado esos tópicos en investigaciones anteriores —especialmente en el tercer capítulo de su **Atlas de la novela europea. 1800-1900**— recién en este ensayo los ubicaba explícitamente en el espacio de problemas de la literatura mundial.¹⁶ Comenzaba recuperando los ya referidos pasajes de Goethe y Marx, con la intención de señalar no solo que la literatura mundial era «una literatura (singular, como en Goethe y Marx), o quizá, mejor, un sistema literario mundial (de literaturas interrelacionadas); pero un sistema que es diferente del que Goethe y Marx habían esperado, porque es profundamente desigual» (p. 66). Para defender esa hipótesis acudía a una serie de nombres que ya no eran los habituales para el área: Max Weber, Marc Bloch, Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein. Esta enumeración ya señala uno de los rasgos centrales de la propuesta de Moretti: poner en diálogo la historia y la crítica literarias con las ciencias sociales, en especial la historiografía y la geografía. Sin embargo, la serie de problemas y dificultades que le sirven como punto de partida para hilvanar su intervención remiten directamente a la figura de Auerbach —a pesar de que se encuentra raramente citado en los escritos del italiano y que, cuando aparece, la mención es generalmente marginal.

La voluntad programática de las *conjeturas* es explícita y le da el tono a los escritos del italiano: «[...] la literatura mundial no es un objeto, es un *problema*, y uno que pide un nuevo método crítico».¹⁷ Un nuevo método que debe formularse atendiendo a las condiciones actuales en las que se desarrolla la tarea crítica: la sobreabundancia de material y la tendencia a la especialización continua del estudioso, condiciones que combinadas acrecientan «la enormidad de lo no leído». A su vez, a razones más específicas —la decadencia de la enseñanza del latín y el predominio del inglés en la formación literaria— que son también un indicio de los dilemas políticos generales: “[un presente donde] la posibilidad inaudita de que todo el mundo pueda estar sometido a un único centro de poder; y un centro que ha ejercido durante mucho tiempo una hegemonía simbólica igualmente inaudita».¹⁸ A pesar del medio siglo que los separa, la continuidad con el diagnóstico de Auerbach domina la aproxima-

ción de Moretti, tanto a nivel de los elementos considerados como de los contenidos que ese juicio asume. El desafío, a su vez, sigue siendo el mismo: ¿cómo lograr la síntesis? En la respuesta a esa pregunta Moretti se separa radicalmente del filólogo alemán; en definitiva, es en el método propuesto donde la originalidad de su planteo se hace evidente: *no leer* es la actitud que asume polémicamente —a partir de la postulación de lo que llama, no sin ironía, «lectura distante». *No leer* de manera directa los textos literarios, alejarse de la lectura atenta, la *close reading*, que domina la crítica literaria, especialmente la anglosajona; concentrarse, sí, en la lectura de los ensayos críticos específicos elaborados por especialistas. La fortaleza de la propuesta descansa en el número de obras que pueden ser incluidas en el análisis; su posibilidad depende de la organización internacional del trabajo académico: es, básicamente, una empresa colectiva.¹⁹ Son las ciencias sociales y las naturales y sus modelos —los gráficos de la historiografía cuantitativa, los mapas de la geografía, los árboles de la teoría de la evolución, las olas de los análisis económicos— los que ayudan a obtener y organizar los datos y la información, los que guían la formulación de preguntas, los que permiten la construcción de series o la identificación de patrones comunes y, finalmente, los que orientan en la búsqueda de la explicación.

Hay, como señala Gramuglio, un punto de partida equivalente al que reclamaba Auerbach que permite la posterior expansión de la indagación: no un concepto, ni un tropo que puede seguirse en un conjunto diverso de textos, tampoco la supervivencia de una forma retórica, sino un género literario: la novela que, dada su incuestionable internacionalización, constituye una forma privilegiada para avanzar en la concepción de un sistema literario mundial. Es de nuevo la distancia —de una lectura indirecta, mediada por la crítica, pero especialmente de la mirada alejada que permite la abstracción y generalización de la cuantificación y la localización geográfica de los fenómenos literarios— la que permite una perspectiva comprensiva de ese sistema, además de novedosas aproximaciones a cuestiones clásicas de la crítica como la evolución de los géneros literarios, el ascenso de la novela, la circulación social y espacial del canon o la forma artística como resultado de fuerzas sociales.

Como sea, es incuestionable que la cercanía de los diagnósticos habilita, sin embargo, a que Auerbach y Moretti elaboren propuestas metodológicas sustancialmente diferentes. Quizás la lista de historiadores que abría «Conjeturas...» nos sirva para aproximarnos a aquello que genera esa distancia. Auerbach consideraba la actividad filológica como una favorecida por la conciencia histórica que el historicismo promovió; debía, por eso, estar atenta a lo singular. Moretti, en cambio, mira la historia a través del prisma de *Annales*.

¹⁵ Ver nota 3 del presente trabajo. «Más conjeturas...» fue la réplica de Moretti a las variadas respuestas críticas que recibió «Conjeturas...». Cfr. nota 1 de «More conjectures...» *op. cit.*, p. 73.

¹⁶ Franco Moretti, **Atlas de la novela europea. 1800-1900**, México, Siglo XXI, 1999.

¹⁷ Franco Moretti, «Conjectures...» *op. cit.*, p. 66.

¹⁸ Franco Moretti, «More...» *op. cit.*, p. 99.

¹⁹ Un primer resultado de ese proyecto fueron los cinco volúmenes, editados por Moretti entre 2001 y 2003, dedicados al estudio de la novela desde diferentes perspectivas, donde participan numerosos investigadores de todo el mundo. La versión inglesa constituye una selección de esas contribuciones en dos volúmenes: Franco Moretti (ed.) **The Novel**, Princeton University Press, 2007.

La geografía universal de la literatura

Tanto la formulación de una nueva perspectiva para el análisis de la literatura como el alcance histórico y geográfico de sus hipótesis, hacen de **La república mundial de las letras** una apuesta indudablemente ambiciosa y renovadora. La perspectiva construida por Pascale Casanova es tributaria de la idea de «estructuras desiguales» de Fernand Braudel y, sobre todo, del análisis sociológico de la cultura de Pierre Bourdieu. De este último toma la noción de campo literario, originalmente desarrollada en su estudio de la constitución del espacio literario francés, para proyectarla a escala global. La implicancia más inmediata y evidente de esta decisión, al tiempo que una de las más resistidas por cierta porción de la crítica, es la adopción de un enfoque sociológico que de modo consciente busca desplazar el ángulo de análisis desde una aproximación esteticista o ideológica de las obras literarias, propia de buena parte de la tradición de la crítica literaria, hacia una perspectiva que sitúa e interpreta a las obras a partir de un sistema sociocultural que condiciona las creencias y prácticas de los autores acerca de lo literario. De hecho, como parte de este movimiento, Casanova se opone a una definición a priori de lo específicamente literario, habitualmente establecido en términos inmanentes o esencialistas, proponiendo en cambio una aproximación sociológica donde lo literario se define a partir de las prácticas concretas que se despliegan en la «república mundial». En este sentido escribe: «El gigantesco poder de decir lo que es literario y lo que no lo es, de trazar los límites del arte literario, pertenece explícitamente a los que se otorgan, y a los que se otorga, el derecho de legislar literariamente».²⁰

Al mismo tiempo, decíamos, la ambición de la obra reside en ofrecer un nuevo marco para releer la historia del conjunto de la literatura universal desde, al menos, el siglo XVIII en adelante. Para ello propone sustituir el análisis literario comparado por un enfoque que privilegia las relaciones literarias internacionales. La literatura mundial como perspectiva no intenta ser en tal sentido apenas una variación de la literatura comparada como disciplina o enfoque teórico-metodológico, sino la búsqueda de un nuevo paradigma de aproximación a la historia moderna de la actividad literaria.

En **La república mundial de las letras**, Pascale Casanova esboza un sistema cultural de escala planetaria definido por su poder de establecer el valor literario, es decir, de definir el patrón estilístico desde el cual se mide el grado de vanguardia o retraso de las distintas literaturas. Esta «república» es un espacio asimétrico donde no todas las literaturas ni todos los escritores que la componen están en igualdad de condiciones dentro de él. En efecto, la posesión diferencial de capital literario determina la existencia de literaturas dominantes y literaturas —así como de los escritores pertenecientes a ellas— dominados. Pero es precisamente esta asimetría la que produce la competencia entre literaturas por la adquisición y acumulación de capital literario para obtener el reconocimiento literario dentro de este espacio mundial, y la

que, mediante impugnaciones, rebeliones, negaciones y manifestos permite la innovación de la literatura a nivel mundial.

El capital literario es una clase específica de capital simbólico constituido por la antigüedad de una tradición literaria, por la posesión de obras consideradas «clásicos universales», por el número de autores consagrados con que cada tradición literaria cuenta, así como también por un medio profesional más o menos numeroso, por un público restringido y cultivado, por instancias de reconocimiento y de crítica especializada, etc. De igual modo, la conformación de este capital también depende de la «literariedad» de la lengua en que se encuentra escrita cada literatura, es decir, de la riqueza literaria de esa lengua establecida a partir del prestigio de los textos escritos y de la sucesión de desarrollos y experimentaciones formales que se hayan realizado en ella. De este modo, son las naciones y regiones literarias que cuentan con una mayor concentración de esta clase de capital las que se encuentran en el centro de esta «república mundial».

Esta configuración se monta sobre una geografía que Casanova estructura sobre la oposición entre una capital literaria y regiones dependientes de ella cuyas posiciones se definen a partir de la distancia estética con la capital. De acuerdo a Casanova, la capital histórica de esta república fue París. Desde el siglo XVI hasta avanzado el siglo XX, esta ciudad habría conseguido constituirse en el centro de este sistema mundial y, por lo tanto, en juez universal del valor literario, gracias a la acumulación temprana de capital literario y a su continuada acumulación a partir de la reproducción de las creencias acerca de su universalidad cultural (estrechamente ligado a su liberalismo político) y de los efectos reales de estas creencias (la inmigración de escritores hacia ella, la búsqueda de reconocimiento por sus críticos, etc.). De este modo, aun siendo la experiencia nacional propia de Francia y en particular de una ciudad, París habría logrado presentar y hacer de su propia tradición la expresión legítima de lo universal.

Desde las primeras páginas del libro, Casanova subraya que las fronteras, capitales, vías y formas de comunicación del universo literario que trazará, no coinciden completamente con las del universo político y económico. Esto quiere decir que si bien hay una serie de vínculos entre los espacios político y económico con el literario, este guarda una autonomía relativa respecto de aquellos. El vínculo entre el espacio literario con el espacio político se define por dos momentos. En el primero de ellos la literatura guarda un grado de dependencia mayor de la política en la medida en que los Estados-nación en su proceso de diferenciación y afirmación internacional inciden sobre el desarrollo de la literatura a través de políticas literarias o idiomáticas, en tanto la lengua constituye una parte fundamental de su construcción identitaria. Durante esa primera etapa las literaturas acumulan recursos literarios sobre la base del estrecho vínculo con las derivas históricas nacionales. En una segunda instancia, la literatura se desprendería del condicionante político nacional, para pasar a admitir solo los criterios estrictamente literarios. Sobre este punto la autora dice: «La conquista de la libertad del conjunto del espacio literario mundial se obtiene al hacerse autónomo cada ámbito literario nacional: las luchas y sus desafíos se deshacen de las

²⁰ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 39.

imposiciones políticas para obedecer de modo exclusivo a la ley específica de la literatura».²¹ En otras palabras, aun cuando las literaturas nacionales posean un origen fuertemente ligado al campo de poder, el sistema literario moderno se caracteriza por poseer principios de funcionamiento propios que refractan los poderes externos a él otorgándole autonomía respecto de las lógicas políticas y económicas (aunque estas últimas han adquirido mayor fuerza en las últimas décadas).

De este modo, en el espacio internacional conviven, como parte de una misma lógica, dos clases de literaturas. Por una parte aquellas aún condicionadas políticamente donde «los escritores están ‘condenados’ a una temática nacional o popular: deben desarrollar, defender, ilustrar, aunque sea criticándolas, las aventuras, historias y controversias nacionales. Empeñados casi siempre en defender una idea de su país, se comprometen a elaborar una literatura nacional».²² Y, por la otra, aquellas que han acumulado el capital necesario para liberarse del factor político nacional y plegarse a los criterios específicamente literarios: «Los retos políticos solo cambian de sentido en el momento en que el ámbito literario afirma su independencia frente a los imperativos nacionales y políticos, y en que surgen escritores anti o anacionales —tales como, en Irlanda, James Joyce primero y Beckett después— que, invirtiendo de algún modo la polaridad del espacio, devuelven a los nacionales a la dependencia política, el retraso estético y el academicismo».²³

Uno de los objetivos primordiales de esta perspectiva es ofrecer un nuevo punto de vista sociológico para comprender las apuestas estéticas y políticas llevadas adelante por los escritores en el transcurso de sus trayectorias. De acuerdo a Casanova cada escritor se halla sometido a dos clases de condicionamientos superpuestos. El primero es la posición que ocupa en su propio campo literario nacional, y luego el lugar que la lengua y la literatura nacional a la que pertenece detenta en el «mercado mundial». La situación de los escritores «desheredados», es decir, los que se sitúan en lenguas y literaturas «pequeñas» en relación al universo literario internacional, es sin duda la más interesante pues son ellos quienes, marcados por el drama de su posición, generan el desarrollo de nuevas formas de expresión, de novedades literarias. Si bien ninguno de los actores que componen este espacio universal es plenamente conciente de él (mejor dicho: todos ignoran la existencia de esta «república» y de su poder), los escritores situados en los márgenes, los «excéntricos», al estar expuestos a la violencia simbólica de su lógica pueden percibir ciertos aspectos de su maquinaria, tienen más lucidez que aquellos que se encuentran en el centro. La tensión a la que se ven sometidos estos escritores es resumida por Casanova en lo que llama el *dilema de Ramuz*, en referencia a las reflexiones acerca de esta cla-

se de descentramiento que experimentó el escritor suizo de lengua francesa Charles Ferdinand Ramuz (1878-1947): «Frente a una antinomia que solo les incumbe (y se les presenta) a ellos, tienen que hacer una «elección» necesaria y dolorosa: bien afirmar sus diferencias y «condenarse» a la vía difícil e incierta de los escritores nacionales (regionales, populares, etc.), escribiendo en «pequeñas» lenguas literarias y poco o nada reconocidos en el universo literario internacional, o bien «traicionar» aquello a lo que pertenecen e integrarse en uno de los grandes centros literarios, renegando de su ‘diferencia’.²⁴

Consideraciones finales

El haz de problemas que Auerbach precisaba en el ensayo publicado a comienzos de los '50, y que había intentado enfrentar con los principios metodológicos elaborados y puestos a prueba en las investigaciones de la década previa, recuperó actualidad en los últimos años. Entre quienes contribuyeron a promover ese renovado interés se encuentra F. Moretti, quien recién en «Conjeturas sobre la literatura mundial» vinculó las tentativas renovadoras de la historia literaria que venía ensayando desde hacía una década con los problemas de la *Weltliteratur*. El caso de Casanova es diferente, la genealogía de su libro hay que buscarla en otra tradición: la de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. Y no sólo porque Casanova hace un uso inteligente y muchas veces innovador de algunas de sus categorías claves, sino porque su trabajo se reconoce en un proyecto que Bourdieu comienza a definir hacia fines de la década del '80 y cuya primera manifestación es el ensayo «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas».²⁵ Ese proyecto, diagramado en parte con la colaboración de Joseph Jurt, no puede dejar, a su vez, de pensarse en conjunto con otro contemporáneo pero de un perfil más político: la publicación de la revista *Liber*.²⁶ Esa «revista europea de libros» buscaba consolidar una plataforma continental para enfrentar, desde una intervención intelectual, la internacional neoliberal. De todos modos, ambos proyectos están atravesados por la preocupación en lo *internacional* y su ligazón con la autonomía. En efecto esa dimensión es considerada como un índice, y a la vez un instrumento, en la consolidación de la autonomía de un campo. Reconocemos, entonces, una cuestión que guía los análisis sociológicos de intercambio y circulación de las ideas y que define un nuevo modo de «compromiso» político. Ese es el espacio, creemos, en el que hay que situar la obra de Casanova y sus sugerencias.

²⁴ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 237.

²⁵ Pierre Bourdieu, «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas», en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2000, pp. 159-170.

²⁶ Cfr. Pascale Casanova, «La revista *Liber*. Reflexiones sobre algunos usos prácticos de la noción de autonomía relativa», en Patrick Champagne, Louis Pinto, y Gisèle Sapiro (dirs.), *Pierre Bourdieu. Sociólogo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, pp. 291-302; Gustavo Sorá, «Entrevista a Joseph Jurt», en J. Jurt, *Literatura y sociología*, Córdoba/La Plata, Ediciones Al Margen (en prensa). El programa político-intelectual tras *Liber* también puede encontrarse en el post scriptum «Por un corporativismo de lo universal» con el que Bourdieu cierra *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama, 1995 [1992].

²¹ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 59.

²² Pascale Casanova, *op. cit.* p. 251.

²³ *Ídem*, p. 253. Casanova advierte que la direccionalidad general de este proceso que comparten las distintas literaturas desde el siglo XIX en adelante no se encuentra exento de retrocesos e interrupciones. Por ejemplo, literaturas con mayor tradición, tal como la española durante la dictadura franquista, pueden enfrentar circunstancias histórico-políticas que las conducen a atravesar la misma etapa «nacional» de las literaturas emergentes.

Más allá de las diferencias entre las propuestas de Casanova y Moretti, consideramos central enfatizar la concepción compartida de la *Weltliteratur* como un sistema internacional, relativamente autónomo —y por lo tanto con su capital específico— y desigualmente estructurado. El reconocimiento, tras esa idea elemental, de la perspectiva historiográfica de Fernand Braudel no debe finalmente sorprendernos: fue, en efecto, el historiador francés quien, subrayando la importancia de la dimensión espacial para comprender los procesos históricos, se concentró en la reconstrucción de los circuitos y redes de tráfico de capital, tecnología, bienes, creencias o ideas. Circuitos e intercambios que trascendían y consideraban las fronteras nacionales; que se organizaban en centros y periferias; que, finalmente, tenían su propia historia, es decir, *cambiaban*... con un ritmo también específico. Partiendo entonces de ese reconocimiento compartido, la posibilidad de extender estos modelos de análisis más allá de la historia de la literatura —ampliando de ese modo los objetos y los temas— no parece una apuesta aventurada o una nueva versión de la tendencia recurrente de la sociología o la historia a volverse literatura. El pasaje, entonces, hacia una historia o sociología de la cultura que tenga en cuenta las contribuciones de Casanova, Moretti y otros es, creemos, justificado. A priori, sin embargo, la sociología —por su tendencia modelizadora— parece estar mejor preparada que la historia para transitar ese camino; en especial si recordamos la crisis que recientemente sacudió la empresa historiográfica a partir del derrumbe de los paradigmas que la orientaron hasta ayer —entre los cuales la confianza en la cuantificación ocupaba un lugar central. Ese derrumbe motivó que la atención de los historiadores se posara en rasgos y detalles antes descuidados y, como contracara, que encontrara límites precisos en el intento de elaborar, con esa nueva información, imágenes amplias y coherentes del pasado que sustituyeran las anteriores. Como sea, los desfases en los desarrollos discretos de las disciplinas no constituyen necesariamente un freno para un intercambio que las beneficie; puede ser, por el contrario, el punto de partida para que revisen su propio pasado con una mirada, a la vez, más atenta y distanciada.